

La verdad no es lo real.

A propósito de la relación sexual que, se mire como se mire, existe

JESÚS GONZÁLEZ REQUENA
Universidad Complutense de Madrid

The truth is not the real

Abstract

In this article we are going to proceed to make a critical revision of Lacanian ethics. We will particularly focus on putting into question two of the central topics of his discourse, 'the sexual relation does not exist', and 'there is no sexual act'. We will connect these two topics with the falling birth rate in the developed Western world, a trend that coincides with the period of maximum dissemination of the Lacanian discourse.

Key words: Psychoanalysis. Ethics. Freud. Lacan. Deconstruction.

Resumen

Revisión crítica de la ética lacaniana centrada en la puesta en cuestión de dos de los tópicos centrales de su discurso -"La relación sexual no existe" y "No hay acto sexual"- y en la relación de estos con la caída de la natalidad en el Occidente desarrollado, fenómeno que coincide en el tiempo con el periodo de máxima difusión del discurso lacaniano.

Palabras clave: Psicoanálisis. Ética. Freud. Lacan. Deconstrucción.

ISSN. 1137-4802. pp. 131-140

¿Hablamos de creencias e ideales? Pues bien, permítanme que les recuerde que, sin eso, por más que el cinismo y la deconstrucción sigan de moda entre nuestros contemporáneos, no hay sociedad, no hay civilización que sobreviva.

Como verán voy al grano, dado que contamos con poco tiempo¹.

Hay un requisito previo para discutir el problema de las creencias y los ideales y es la cuestión de la verdad. Si la verdad no existe, si no es más que una mascarada, como pensaba Nietzsche y, a su zaga, Heidegger, entonces no hay creencia, no hay ideal que se sostenga.

¹ El contenido de este texto fue presentado como ponencia en las II Jornadas Internacionales de Filosofía y Psicoanálisis, Universidad Complutense de Madrid, 02/04/2011. Quienes allí asistieron, recordarán la indignación con la que la psicoanalista lacaniana que presidía el acto interrumpió reiteradamente su exposición.

Pero hay un buen motivo, y muy pragmático por cierto, para afirmar que la verdad existe. Y es que la sociedad que declara que la verdad no existe declara a la vez el derrumbe de sus creencias y sus ideales y, en esa misma medida, se condena a perecer.

De modo que la única respuesta posible es así de pragmática: la verdad existe, pues sólo en cuanto existe una verdad en la que podemos creer, tenemos una opción de sobrevivir. Y así, sucede que todo lo que de lo humano merece la pena, todo lo que es bueno y digno, tiene como condición la existencia de la verdad.

Claro está: no les hablo de una verdad universal y metafísica, pues sin duda nada de eso existe. Pero el error de los pensadores de la deconstrucción, y sitúo entre ellos desde luego, junto a Nietzsche y a Heidegger, también a Lacan, estriba en pensar que la verdad o es universal y metafísica o no es nada. Se les olvida, en suma, lo que Freud vio con toda claridad: que la verdad es subjetiva, concreta e histórica.

Mas no fue esa la posición de Lacan, quien, por el contrario, afirmó que

“Este amor a la verdad, es este amor a esta debilidad, esta debilidad de la que supimos levantar el velo. Es eso que la verdad esconde y que se llama la castración. Yo no debiera tener necesidad de estas llamadas que son de algún modo librescas. Parece que los analistas, y particularmente ellos, en nombre de algunas palabras tabúes con las que se emborriona su discurso, nunca se dan cuenta de que es la verdad: la impotencia, y es sobre esto que se edifica todo lo que hay de la verdad.”

(Jacques Lacan: 1969-1970: *El reverso del psicoanálisis*)

Se darán cuenta de que esta verdad que esconde cosas es del todo diferente de aquella otra que, para Freud, constituía la referencia ética esencial:

“Y, finalmente, no debemos olvidar que la relación psicoanalítica está basada en un amor a la verdad –esto es, en el reconocimiento de la realidad– y que esto excluye cualquier clase de impostura o engaño.”

(Sigmund Freud: 1937: *Análisis terminable e interminable*)

El caso es que nuestra sociedad occidental, quiero decir, la de los países ricos, los nuestros, europeos y norteamericanos, ha proclamado la imposibilidad de toda verdad, ha deconstruido todas sus creencias y valores y, por eso, se encuentra en estado de coma.

Y ésta no es ya una especulación teórica, pues se manifiesta con un dato radical, inapelable, al que nosotros, psicoanalistas, debiéramos prestar extrema atención. Me refiero a la caída masiva de la natalidad. Es decir, a nuestra bien palpable incapacidad para reproducirnos.

Sólo el psicoanálisis está en condiciones de explicar la ceguera con la que nosotros, los contemporáneos, vivimos junto a este dato de tan extraordinaria envergadura. Pero es un hecho, sin embargo, que no lo hace, pues los propios psicoanalistas, en su gran mayoría, permanecen igualmente ciegos ante éste tan abultado acontecimiento.

Y así, ante su ceguera, resulta no menos sorprendente que hayan de ser finalmente los economistas los que lo acusen. De hecho, llevan años advirtiéndonos que la sociedad del bienestar resulta del todo inviable con la inversión de la pirámide de la natalidad en la que nos hemos instalado.

Ciertamente, somos, cada vez más acentuadamente, una sociedad de ancianos.

Tres grandes tipos de argumentos se aducen a propósito de este hecho.

El primero pretende ser biológico-ecológico. Que si la contaminación, que si el deterioro del medio ambiente, que si las hormonas... A los que lo aducen suele olvidárseles que la ciudad más contaminada del mundo ha sido durante décadas una de las más fértiles: México, DF.

El segundo se pretende sociológico: que si la incorporación de la mujer al trabajo, que si los hijos salen demasiado caros hoy en día... pero es ésta menos una explicación que una pantalla narcisista. Pues las mujeres han trabajado siempre y siguen haciéndolo hoy en día en esos países del tercer mundo donde, viviendo en las condiciones económicas más precarias, la fecundidad sigue viva.

El tercero es, con mucho, el más sincero: se trata de ese enunciado que afirma que el mundo es inmundo y que, por eso, no merece la pena traer a él a nuevos seres humanos.

Es más sincero, pero sólo relativamente, pues no deja de ser finalmente una nueva impostura, dado que los que lo sostienen no suelen suicidarse, sino que permanecen disfrutando de ese mundo inmundo que niegan a esos hijos a los que han decidido salvaguardar de esa inmundicia de la que ellos disfrutaban.

Para nosotros, psicoanalistas, si nos formulamos la cuestión –lo que, insisto, debiera ser nuestra obligación– debería resultar evidente que detrás de ese mirar para otro lado ecologista, o como parte de ese narcisismo escudado en la carestía de la vida o en su abyección, lo que late es, sencillamente, un derrumbe del deseo.

Sólo que uno no individual, sino colectivo y, en esa medida, propiamente civilizatorio.

Ahora bien, ¿cómo es posible que el psicoanálisis actual, lejos de abordar la cuestión en profundidad, renuncie a hacerlo e, incluso, permanezca ciego al problema mismo?

Permítanme que les responda muy rápidamente: sencillamente, porque, con Lacan, buena parte del psicoanálisis contemporáneo ha hecho suyo el discurso de la deconstrucción.

La mejor prueba de ello es que ese enunciado que vengo de utilizar, el que afirma que el mundo es inmundo, fue formulado por Lacan en su célebre conferencia de Roma.

“La diferencia entre lo que anda y no lo que no anda, es que lo primero es el mundo, el mundo va, gira en redondo, en su función de mundo; para darnos cuenta de que no hay mundo, es decir, de que hay cosas de las que solamente los imbéciles creen que están en el mundo, basta con observar que hacen que el mundo sea inmundo, si me permiten expresarme así; de eso se ocupan los analistas; de manera que, contrariamente a lo que se cree, enfrentan lo real mucho más que los científicos; no se ocupan más que de eso.”

(Jacques Lacan: 1974: 7º Congreso de la Escuela Freudiana de París)

Ciertamente, hay veces que el mundo es inmundo, y no hay duda de que lo real tiene que ver con ello. Pero sucede que, si prescindimos de la verdad, o si la confundimos con lo real –la única verdad consiste en el ser inmundo de lo real, viene a decir Lacan–, aniquilamos de un solo golpe nuestro horizonte –el individual como el colectivo, el biográfico tanto como el histórico.

Pues la verdad no es lo real, sino, bien por el contrario, la voluntad de afrontarlo y de desafiarlo. Y sobre todo: de configurarlo, simbólicamente, como un espacio humano que puede merecer la pena. Dado el hecho, indiscutible, de que la pena es inevitable.

Pero sigamos llamando la atención sobre las condiciones textuales de este derrumbe del deseo que caracteriza a nuestro presente.

La segunda de ellas se encuentra en uno de los ideogramas mayores de la modernidad: el que proclama la neta separación entre la sexualidad y la reproducción.

Es ésta una idea peregrina a la luz de los datos de la biología, y no cabe duda que habría de parecerle absurda a cualquier marciano asexualizado que nos echara el más somero vistazo desde su platillo volante. Pero, para nosotros... para nosotros el muro entre la sexualidad y la reproducción es tal que tenemos que remontarnos casi hasta *La Diligencia* –1939– para encontrar una película en la que un varón sea capaz de mirar con deseo a una mujer que sostiene en sus brazos a un bebé.



Y es que eso es algo que hace ya mucho que, sencillamente, no se da. Por más que eso nos ciegue ante las manifestaciones masivas de lo contrario que nuestra cultura nos ofrece: echen ustedes un vistazo a las Vírgenes con el niño Jesús en sus brazos del renacimiento y del barroco y díganme que no les resultan deseables.



1487 Botticelli: *Madonna de la Granada*.

1493 aprox. Miguel Ángel: *Virgen de la escalera* Florencia Casa Buonarroti.

1507 Rafael: *Madonna of the Goldfinch*.

Madonna Sixtina.

Pero claro... quizás me lo digan, pues el problema es que ese muro se ha instalado también en el mundo del psicoanálisis.

“Hay una tesis: no hay relación sexual –es del ser parlante que hablo–. Hay una antítesis que es la reproducción de la vida. Es un tema muy conocido. Es la actual bandera de la Iglesia católica, en lo cual hay que aplaudir su coraje. La Iglesia católica afirma que hay una relación sexual: es la que culmina en hacer nenitos. Es una afirmación que es completamente sostenible, sólo que es indemostrable. Ningún discurso puede sostenerlo, salvo el discurso religioso, en tanto define la estricta separación que hay entre la verdad y el saber.”

(Jacques Lacan: 1971-1972: ...*Ou pire. El saber del psicoanalista*)

¿Están seguros de que solo el discurso religioso sostiene tal cosa? Si lo están es que se han olvidado, como el propio Lacan que esto afirma, del discurso freudiano:

“La síntesis de los instintos parciales y su subordinación a la primacía de los genitales no aparecen aún establecidos en la infancia, o sólo muy imperfectamente. La constitución de tal primacía en favor de la reproducción es, por tanto, la última fase de la organización sexual.”

(Sigmund Freud: 1923: *La organización genital infantil*)

Pero no es sólo esto sino, qué quieren que les diga, toda la experiencia del psicoanálisis. Pues es un hecho que todos esos modernos que afirman vivir su vida sexual totalmente al margen de la reproducción, no pueden por menos que tener un inconsciente edípicamente configurado, de modo que su deseo está predeterminado por objetos ligados a ese nudo de la reproducción del que el mismo sujeto procede.

El asunto es: ¿están ustedes seguros de que la relación sexual no existe? Ya sabemos cómo eso se argumenta habitualmente: que la inexistencia de la relación sexual significaría que en ella no se daría nada de la completitud imaginaria que los enamorados reclaman de ella.

Ahora bien, ¿desde cuándo una relación entre dos seres humanos debe –o, siquiera, puede– suponer la completitud?

Casi nadie dice que no exista relación laboral porque el empresario y el obrero no alcancen completitud alguna en su relación. De hecho, sólo el fascismo osó postular que de esa relación hubiera de esperarse la plenitud. O piensen ustedes su relación con el Ministerio de Hacienda: no deja de ser una relación, por más que no les depara la menor felicidad.

Y por supuesto, Freud, como tantos otros antes que él, advirtió que no había completitud alguna en la relación sexual, mas no por eso afirmó que ésta no existiera como tal relación.

Y es que relaciones conflictivas, dramáticas, siempre las ha habido. Así por ejemplo, y muy especialmente, las relaciones sexuales.

Y por otra parte, ¿están seguros de que ayuda a sus pacientes decirles que la relación sexual no existe?

Lo que es un hecho es que hay una correlación histórica entre la afirmación lacaniana según la cual la relación sexual no existe y la caída de la natalidad en Occidente. Y no lo digo, desde luego, porque piense que Lacan fuera tan influyente, sino porque pienso que fue lo suficientemente intuitivo para, en un momento dado, poner nombre a lo que estaba ya sucediendo: la caída del deseo y, con ella, la caída de la relación sexual.

Ahora bien, eso hace de Lacan más un artista que un teórico. Pues los artistas nombran lo que una sociedad vive y tienden a enunciarlo de modo universal. Los científicos, en cambio, procuran tomar frente a ello la necesaria distancia para poder pensarlo en la concreción de su manifestación histórica.

Quiero decir: Lacan dijo que la relación sexual no existe. Freud, si viviera hoy en día, diría que, en nuestra sociedad actual, la relación sexual resulta cada vez más difícil. –De hecho, no paró de decirlo por lo que se refería a la sociedad de su propio tiempo que ya prefiguraba de tantas maneras los desarros de nuestro presente.

Pero la latencia esencial que atraviesa la obra lacaniana, la que da su sentido más profundo a la afirmación de que la relación sexual no existe, es la afirmación de que no hay acto sexual. Afirmación que emerge en 1967, es decir, muy poco antes de que comience la caída de la natalidad en Occidente.

“El gran secreto del psicoanálisis es que no hay acto sexual.”
(Jacques Lacan: 1966-1967: *La lógica del fantasma*)

Y ciertamente, poco después de que este enunciado se pronunciara, tal era la capacidad intuitiva de Lacan, acto sexual, permítanme la expresión, comenzó a dejar de haberlo.

Ahora bien, ¿cómo podría el psicoanálisis moderno comprender esta sorprendente novedad si, lejos de reconocerla como un fenómeno histórico nuevo la convertía en un dato ahistórico y universal? Todavía: ¿cómo podría reconocer en ello una manifestación nueva y extrema del malestar de nuestra civilización si había incorporado el presupuesto de que es imposible la menor relación entre la relación sexual y el goce?:

“En lo tocante al goce, hay que hacer responder a la falsa finalidad por lo que no es más que la pura falacia de un goce pretendidamente adecuado a la relación sexual. Bajo este concepto, todos los goces no son más que rivales de la finalidad que eso sería si el goce tuviera la menor relación con la relación sexual.”

(Jacques Lacan: 1972-1973: *Aún*)

Sucedee, sin embargo, que para nuestra especie, en tanto que sobrevive, es decir, en tanto que se reproduce, el acto sexual es el acto por antonomasia. Algo que, desde luego, ya los contemporáneos de Freud habían comenzado a olvidar y por eso hubieron de escandalizarse tanto cuando Freud se vio en la obligación de recordárselo. Y es que la exploración freudiana de los territorios del inconsciente conducía precisamente allí: a levantar acta de que el inconsciente no cesaba de escribir de mil maneras precisamente eso: el acto sexual. De hecho, ello puede leerse ya desde el principio, en la mayor parte de las páginas de *La interpretación de los sueños*.

Lacan, en cambio, no paró de afirmar todo lo contrario: que ni la relación sexual ni el acto sexual pueden escribirse y que por eso todo acto –y no solo el sexual– conduce necesariamente al fracaso:

“La relación sexual [...] no puede ser hecha más que por un acto. Esto es lo que me ha permitido anticipar estos dos términos: que no hay acto sexual, en el sentido en que este acto sería aquel de una justa relación y que, inversamente no hay más que el acto para hacer la relación. Lo que el psicoanálisis nos revela, es que la dimensión del acto, del acto sexual en todo caso, pero al mismo tiempo de todos los actos, lo que sería evidente después de mucho tiempo es que su dimensión propia es el fracaso. Es por eso que el corazón de la relación sexual –en el psicoanálisis–, en él, existe un signo que se llama castración.”

(Jacques Lacan: 1968-1969: *De un otro al otro*)

En suma –y ello hace de Lacan uno de los más radicales abanderados de la deconstrucción–: ningún otro horizonte es imaginable para el anhelo del hombre que el del fracaso.

Dado, claro está, que Lacan parece del todo incapaz de concebir que el nacimiento de un nuevo ser de nuestra especie pueda constituir, en sí mismo, un éxito.

Es evidente a donde nos conduce esto, pues el cine de catástrofes no ha cesado de ponerlo en escena:

“Sería un alivio sublime si de golpe estuviéramos frente a un verdadero flagelo, un flagelo salido de las manos de los biólogos, sería verdaderamente un triunfo, querría decir realmente que la humanidad habría llegado a algo, a su propia destrucción, por ejemplo, ese es verdaderamente el signo de la superioridad de un ser sobre todos los demás, no solamente su propia destrucción, ¡sino la destrucción de todo el mundo viviente! Sería verdaderamente el signo de que el hombre es capaz de algo. Pero con todo nos da un poco de angustia. Todavía no hemos llegado a ello”.

(Jacques Lacan: 1974: 7º Congreso de la Escuela Freudiana de París)

El acto criminal sería, en suma, el único –auténtico– acto.

No puede extrañarnos esta conclusión en un autor que, con Sade, ha afirmado –en *La Ética del psicoanálisis*– que el soberano bien es imaginario y que el soberano mal, en cambio, es, sencillamente, indiscutible.

Late en ello, por lo demás, la influencia directa, nunca confesada, del Georges Bataille que afirmó que “El coito es la parodia del crimen.” (Georges Bataille: *El Año Solar*, en *El ojo pineal*).

Es lamentable constatarlo, pero parece obligado reconocer que una buena parte de nuestros contemporáneos, incluidos los psicoanalistas, están convencidos de ello. Y por lo demás lo prueba todos los días, el hecho de que el género cinematográfico dominante de nuestro presente inmediato no sea otro que el psicotriller.

Pero permítanme que les diga que la verdad es exactamente la contraria: que el crimen es una parodia del acto sexual. –Eso sí, una parodia que se ha puesto de moda.

Recuerden *Él* o *Ensayo de un crimen*, ambas de Luis Buñuel. O *Psicosis* de Alfred Hitchcock. O *Carretera perdida* de David Lynch. En todos esos films, el crimen es la parodia del acto sexual que el personaje resulta incapaz de acometer.

Eso, lo saben ustedes, reina en esos textos que llamamos –por una curiosa confusión que no es éste el momento de disolver– de ficción.

Pero de lo que quizás no se hayan dado cuenta es de que eso sucede cada vez más en ese otro territorio que damos en llamar la realidad –como si esos textos que la conforman y prefiguran no fueran también ellos, inevitablemente, parte de ella misma.